



NATHANIEL HAWTHORNE

Muecos de una vieja casa parroquial

**Traducción de Marcelo Cohen, *El Acantilado*, Barcelona, 2008, 488 pp.
ISBN 978-84-96834-86-6
(*Moses from an Old Manse*, 1846)**

No creo pecar de exageración al afirmar que con Hawthorne los Estados Unidos alcanzan su mayoría de edad literaria y, con ella, entran por la puerta grande en la modernidad de la escritura. Si hay una posibilidad de interpretar lo que es madurez literaria en una nación y cuándo sigue el camino solitario que la aleja de los padres, esta colección de relatos puede resultar paradigmática.

Poco de Rousseau o de los románticos ingleses queda en Hawthorne. Su amor a la naturaleza, profundo y concreto, tiene menos que ver con los vislumbres cósmicos de Wordsworth que con un sentido de lo moral que interactúa con una fe personal en la providencial belleza de la Creación. Para Hawthorne la naturaleza adquiere una “personalidad” y en su cercanía el hombre siente como riesgo e inquietud su propia libertad. Ciertas frases de Hawthorne son fundacionales de una tradición de exaltación de la naturaleza como misterio donde lo moral aparece o se oculta y que tendrá sus más eximios representantes —tan bien conocidos por mi amigo Antonio Lastra— en Thoreau, Emerson, Withman, Melville, Poe o Faulkner. En ‘La vieja casa parroquial’, relato que sirve de pórtico a esta colección, Hawthorne, deteniéndose en lo que dice, afirma que el gran problema de su época es la “falta de sueño” (p. 32). Dejando aparte su clarividente diagnós-

tico del insomnio moderno y sabiendo la facilidad con que emplea la palabra “conciencia” en estos relatos, no podemos si no pensar que el mundo de Hawthorne permanece aún en esa inocencia primordial ajena a la modernidad que identifica sueño e inconsciencia. A menudo la verdad entra en la mente disimulada en las ropas del sueño, y luego habla con una franqueza distante de asuntos que en la vigilia tratamos con autoengaños inconscientes” (p. 42). No es casual que hallemos esta frase en el relato ‘La marca de nacimiento’ en el que el defecto corporal se trata como la mancha moral en su novela *La letra escarlata*. Si el sueño era para los románticos evasión y nostalgia, es para Hawthorne una realidad elevada a su máxima potencia. Si el hombre duerme y sueña es, en definitiva, porque así conoce más profundamente la hermosa complejidad del mundo que le rodea. (“Quizás la mancha sea profunda como la vida”, p. 42.) Kafka —tal vez otro de sus epígonos— dirá en sus ‘Consideraciones acerca del pecado’ que el Demonio tiene en este mundo un poder casi absoluto pero, sin embargo, le está vedado el tomar la forma de un hombre y así cuando toma la palabra —recurso humano por excelencia— lo hace como animal o como espíritu. El anhelo de salvación implícito en esta sentencia halla su correlato —¿quién sabe si su fuente?— en aquella otra de Hawthorne en ‘El joven Goodman Brown’: “El diablo en persona no es tan horrible como cuando se encrespa en el pecho del hombre” (p. 84). Para Hawthorne el corazón del hombre puede ser oscuro como el mal, pero el mal absoluto no tiene la forma de un hombre. También Stevenson ha de pagar, consciente o inconscientemente, el tributo a la precedencia de Hawthorne: “Recordé un cuento fantástico sobre una mujer que la mitad del tiempo era una belleza y la otra mitad un monstruo espantoso” (‘La señora Bullfrog’, p. 132). ‘El ferrocarril celestial’ es la parodia de un viaje iniciático, un satírico remedo de la *Divina Comedia* donde, en ecos que nos llevarán a Kierkegaard, escuchamos a Hawthorne hacer una defensa del gigante Desesperación contra la tibieza del Sr. Feenclenque (p. 199). Hawthorne fue de hecho un puritano poco convencional que no hubiera sido grato al inflexible y pesimista Calvino. Para ilustrar este parecer me remito a una frase extraída de uno de los relatos más hermosos aquí recogidos, ‘La procesión de la vida’: “Es uno de esos, tal vez de los pecadores más grandes e irremediables, que practican un sistema de deberes exteriores tan ejemplar que bajo su irreal trama de escarcha pueden esconder de la vista y la memoria propias hasta un crimen mortal” (p. 210). En su radical crítica de la doble moral puritana se atreve a cuestionarse quién responderá a la llamada del Bien. “Nadie en absoluto”, pues aquellos que podrían hacerlo sienten en sí mismos el doloroso peso de su imperfección (p. 211). En otro de sus cuentos más interesantes, ‘Egotismo o la serpiente en el pecho’ desarrolla sus propias “consideraciones sobre el pecado”, tema recurrente en él por cuanto el orden moral socialmente establecido no se corresponde en absoluto con la paradoja cristiana. En boca de Roderick pone la teoría de que el hombre reincide en el pecado porque se contempla en él de forma estética y que, precisamente, esta autocontemplación la viven aquellos hombres que por el dolor y el sufrimiento toman conciencia de sí mismos. El dolor sólo redime como distancia. El siguiente relato, ‘El banquete de Navidad’ (p. 285) eleva en un punto la oportunidad de esta teoría para afirmar que la mayoría de los hombres sólo pretenden exhibir “una excelencia sin par en la angustia” (p. 285). ‘El entierro de Roger Malvin’ no deja de ser otra pequeña obra maestra en la que Hawthorne, magnífico psicólogo, nos descubre que al ocultar lo justificable a la propia conciencia lo volvemos así inexorablemente injustificable. Su enseñanza radica en que hasta nuestras virtudes han de ser conscientes



LIBROS



NATHANIEL HAWTHORNE
Musgos de una vieja
casa parroquial

pues sólo a la luz de la conciencia podemos librarnos del peso de oscuridad que queda en nuestros actos.

En 'El artista de lo bello' (p. 457) resuena potente la mística cristiana de Hawthorne con palabras inconfundibles. La vida ha de amarse por sí misma. Si es otro el motivo que nos lleva a amarla reconocemos entonces su fragilidad y su contingencia. Y cuanto más precaria sentimos que la vida es más nos duele el tener que abandonarla. Pero será en 'Una colección de virtuoso' (p. 479) donde se cierre la visión abarcadora de un hombre que abrazó la vida con esa pureza primordial que solo a unos pocos les ha sido graciosamente concedida: "No puedo prescindir de ningún recuerdo... Ni siquiera de los de los errores o las penas. Todos me alimentan el espíritu por igual". Precisamente nada nos sorprenderá más en estos relatos que su condición de refrigerio para el espíritu.

Diego López Estrens